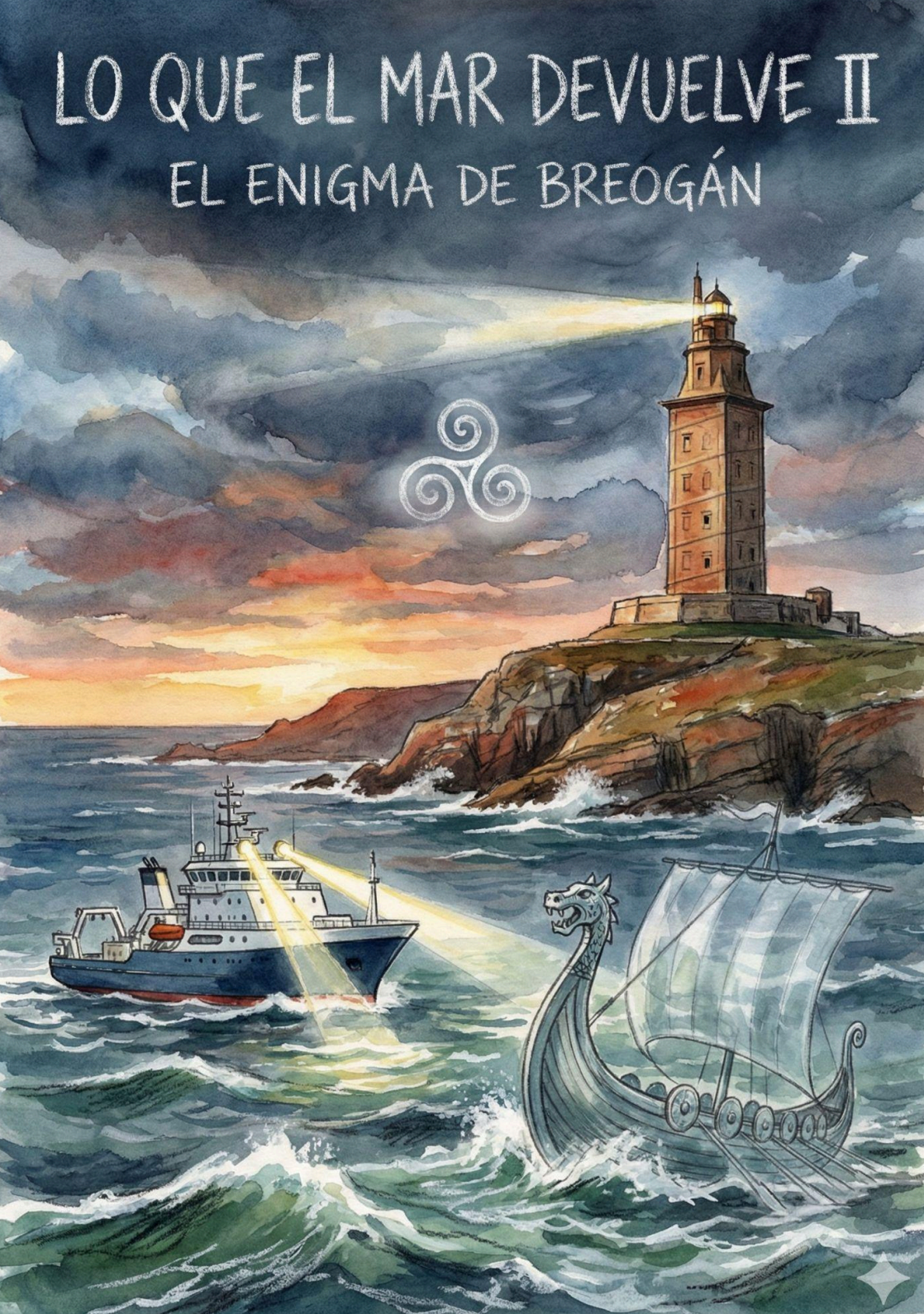
LO QUE EL MAR DEVUELVE II

EL ENIGMA DE BREOGÁN



LO QUE EL MAR DEVUELVE II

EL ENIGMA DE BREOGÁN

NOVELA CORTA DE FICCIÓN HISTÓRICA

Título de la obra: LO QUE EL MAR DEVUELVE II.

EL ENIGMA DE BREOGÁN

Autor: Fernando Marmaneu Cánovas

Año de publicación: 2026

Copyright © Fernando, 2026.

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Esta obra está sujeta a una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Usted es libre de:

Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo las siguientes condiciones:

Atribución (BY): Debe dar crédito de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial (NC): No puede utilizar el material para fines comerciales.

SinObraDerivada (ND): Si remezcla, transforma o crea sobre el material, no puede distribuir el material modificado.

Para ver una copia de la licencia, visite: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

PRÓLOGO
LA MEMORIA DE LA SAL

Dicen que el agua no tiene memoria. Nos gusta repetirnos esa mentira piadosa: que el mar es un lienzo infinito que se borra a sí mismo con cada ola, lavando los pecados de los hombres y hundiendo sus virtudes en el abismo más negro. Nos reconforta creer que lo que cae al fondo desaparece para siempre. Que el océano es un vertedero mudo, una alfombra azul, inmensa y ondulante bajo la cual la humanidad puede barrer la historia que nos incomoda, los barcos que no debieron hundirse y los crímenes que nadie quiso ver.

Pero nos equivocamos.
El mar no olvida. El mar archiva.

Bajo la superficie, allí donde la luz del sol se rinde y cede el paso a una presión capaz de aplastar el acero como si fuera papel de fumar, el tiempo se detiene. En esa

oscuridad perpetua, envueltos en el lodo frío y denso de las rías gallegas o acunados por las corrientes traicioneras que recorren la espina dorsal del Cantábrico, duermen los secretos. No están muertos; solo esperan. Tienen la paciencia geológica de las piedras y la persistencia rítmica de las mareas.

Esta no es una historia sobre lo que fuimos, sino sobre lo que nos negamos a dejar ir. Es un relato trazado en mapas de piel antigua, dibujados con tinta ferrogálica cuando el mundo conocido terminaba en Finisterre y los monstruos habitaban los márgenes de las cartas de navegación. Es la crónica de un viaje que comenzó hace mil años, cuando proas talladas con formas de dragón —los *drakkars* de madera, brea y miedo— cortaron la niebla espesa para besar la arena de una costa que no era la suya.

¿Qué buscaban aquellos hombres del norte en Jakobsland, la "Tierra de Santiago"? ¿Vinieron solo a saquear, siguiendo la estela de sangre de caudillos como Björn Costado de Hierro? ¿O acaso hubo un momento, una noche de solsticio bajo la vigilancia muda de la Torre de Hércules, en la que la espada bajó la guardia y se encontró con la piedra celta en un pacto olvidado?

Hay hilos invisibles que cosen Irlanda con Galicia, suturas de historia que cicatrizaron mal y que ahora, siglos después, alguien está dispuesto a arrancar sin anestesia. Porque la codicia es la única fuerza de la naturaleza más corrosiva que el salitre.

En estas páginas escucharás el sonido de la tecnología moderna chocando violentamente contra la superstición antigua. Oirás el zumbido de servidores informáticos de última generación intentando descifrar el lenguaje críptico de las runas, y el chirrido agónico de grúas titánicas dragando tumbas de guerra que deberían haber permanecido tranquilas, quietas, inalteradas por respeto a los muertos. Verás la arrogancia de quienes creen que pueden comprar el pasado y venderlo al mejor postor en subastas oscuras de la red profunda, donde no existen los nombres, solo las cifras en criptomonedas.

Pero ten cuidado. Porque cuando uno se asoma al abismo azul, a veces el abismo devuelve la mirada con ojos de pez abisal, terrible, monstruoso.

Te preguntarás cuánto vale la verdad. Te preguntarás si un puñado de coordenadas anotadas en el margen de un cuaderno viejo justifica poner en juego la vida de quienes amas. Y, sobre todo, te preguntarás cuál es el precio del aire.

Porque en esta historia, el aire es la moneda más cara. El

oxígeno se convierte en un lujo inalcanzable cuando la profundidad aumenta y el corazón, ese motor imperfecto, empieza a fallar. Sentirás la presión en el pecho, esa garra invisible y fría que aprieta los pulmones cuando se sube demasiado rápido desde la oscuridad hacia la luz.

Sentirás el frío. No el frío del invierno que se quita con abrigo, sino el frío interior que deja una silla vacía en una mesa de taberna. El hueco insoportable que deja un mentor, un padre, un amigo, cuando su voz se apaga y solo queda el eco de sus consejos rebotando en la memoria.

La tormenta se está levantando sobre el Cañón de Avilés. Los recuerdos de los vikingos y los celtas se agitan inquietos en su lecho de arena y huesos. El dragón de acero, el *Nidhogg*, ha despertado de su letargo y tiene hambre.

Inspira profundamente. Llena tus pulmones ahora que puedes. Sujétate fuerte a la borda, porque las olas vienen altas.El mar siempre, invariablemente, devuelve lo que se le roba.

Pero a veces... a veces cobra un interés de sangre antes de hacerlo.

Bienvenido a la marea.

ORKNEY
SHETLAND
SCOTLAND
DUBLIN
NORWAY
GAUCIA
ASTURIAS
CANTABRIA

CAPÍTULO 1
LA VIGILIA DEL FARO

La noche no caía sobre Punta Herminia; se desplomaba con el peso físico de mil años de salitre y leyendas. El faro más antiguo del mundo, ese gigante romano de granito y memoria que había visto pasar legiones, peregrinos y corsarios, no se limitaba a iluminar la oscuridad. La partía en dos.

Con una cadencia hipnótica y violenta, cada veinte segundos, el haz de luz barría la costa coruñesa como la hoja de una espada blanca. Revelaba, por un instante fugaz, la furia del Atlántico devorando la base del acantilado, para luego sumir al mundo de nuevo en una tiniebla absoluta. El aire olía a ozono, a electricidad estática acumulada y a algas machacadas contra la roca; el perfume áspero y metálico de una tormenta que llevaba siglos gestándose.

Allí, donde la tierra firme se rendía y el abismo comenzaba, el rugido del mar no era un sonido; era una vibración que se sentía en el esternón.

Evelyn se apartó un mechón de cabello empapado que se le pegaba a la frente. La lluvia en Galicia no caía vertical; atacaba en horizontal, empujada por un viento racheado del nordeste que cortaba la respiración y se colaba por las costuras de la ropa. Estaba arrodillada sobre la hierba negra y resbaladiza, a escasos metros de los cimientos milenarios de la Torre de Hércules. Sus manos, desnudas y entumecidas por el frío, recorrían la superficie rugosa de una lastra de piedra que apenas sobresalía del suelo, oculta bajo la maleza salvaje y el olvido.

—Si el Rey Breogán tuvo que soportar esta humedad en sus huesos —masculló Lucas, encogido dentro de un anorak técnico tres tallas demasiado grande que le hacía parecer un niño perdido—, no me extraña lo más mínimo que quisiera irse a Irlanda. O a cualquier sitio con calefacción central y suelo radiante.

El informático protegía con su propio cuerpo una tablet militar rugerizada, curvándose sobre ella como una madre sobre su cría. La luz azul de la pantalla le daba a su rostro un aspecto fantasmal, acentuando las ojeras profundas de quien lleva demasiadas noches

persiguiendo fantasmas digitales. Sus dedos se movían con rapidez sobre el teclado virtual, aunque temblaban visiblemente, reaccionando al frío que le calaba.

—Deja de quejarte, *rapaz* —la voz de María Souto cortó el aire, más afilada y fría que el propio viento.

La inspectora de la Policía Autonómica permanecía de pie, dándoles la espalda, escrutando la oscuridad del camino de acceso con ojos de depredador. Su postura era rígida, alerta. Su mano derecha descansaba, casi por un tic profesional, cerca de la funda sobaquera oculta bajo la chaqueta de cuero gastada.

—Malo será que nos pille una patrulla de la local haciendo de arqueólogos furtivos a las cuatro de la mañana. No me apetece explicarle al Comisario por qué estamos excavando patrimonio nacional sin permiso.

—No somos furtivos, María —intervino Iñigo Arrieta con su calma habitual.

El ex inspector vasco estaba sentado en una piedra plana, inmóvil como una gárgola antigua que hubiera decidido bajar de la catedral para fumar un rato.

Sostenía su pipa apagada en la mano, protegiendo la cazoleta de madera de raíz de brezo de la lluvia con la palma ahuecada. Parecía parte del paisaje, un elemento más de la geología del lugar, inamovible.

—Estamos leyendo lo que otros han olvidado borrar. La historia no es de quien la escribe, María, sino de quien sabe leerla entre líneas. Evelyn, ¿lo tienes?

La historiadora no respondió de inmediato. Cerró los ojos un segundo, dejando que sus yemas leyeran lo que la vista no alcanzaba en la oscuridad. No buscaba una forma geométrica; buscaba una intención humana. Un trazo deliberado en el caos geológico.

—Lucas —dijo ella, abriendo los ojos—, dame la página cuarenta y dos del cuaderno de Barrows. La proyección virtual que preparamos ayer. Ahora.

—Marchando una de realidad aumentada con extra de lluvia —Lucas deslizó un dedo por la pantalla empapada, transfiriendo los datos al teléfono de Evelyn.

Ella alzó su móvil y enfocó la roca que tenía delante. La aplicación que Lucas había programado superpuso los trazos de tinta del viejo cuaderno de 1920 sobre la imagen de la piedra real. Las líneas encajaron con un chasquido silencioso pero perfecto, como una llave girando en una cerradura oxidada. No era una grieta natural causada por el agua o el viento. Era un glifo desgastado por siglos de erosión, una espiral que se cerraba sobre sí misma de forma que con seguridad, no tenían origen ni por el paso del tiempo o climatología.

—Mirad esto —susurró Evelyn. Su voz, cargada de una emoción eléctrica, hizo que los otros tres se acercaran, cerrando un círculo de conspiradores bajo la lluvia—. No estamos lejos de la *Pedra do Altar*, donde ya hay grabados sagrados, cazoletas y cruces que marcan este promontorio como un lugar de culto prerromano. Pero esto es distinto. La leyenda del *Lebor Gabála Érenn*, el Libro de las Invasiones, dice que, desde aquí, el rey celta Breogán construyó esta torre y vio una orilla verde lejana. Irlanda[5].

—Geográficamente imposible —apuntó Lucas, sorbiéndose la nariz y ajustándose las gafas mojadas—. Es la curvatura de la tierra, Evelyn. Matemáticas básicas. A menos que Breogán tuviera un satélite en órbita geoestacionaria o la Tierra fuera plana en el siglo V antes de Cristo, lo único que vio fue agua, gaviotas y más agua.

—Físicamente imposible, sí, pero genéticamente no —replicó Evelyn con una intensidad que hizo que Lucas callara. Se giró hacia ellos, y sus ojos brillaban con esa fiebre intelectual que el grupo conocía bien—. El viejo Barrows lo sabía. La "visión" de Breogán no era literal. Era una memoria de la sangre. Estudios modernos, como los del genetista Bryan Sykes, han demostrado que la población de Galicia y la de Irlanda comparten el

mismo ADN, el haplogrupo R1b. Somos la "Sangre de las Islas". Cuando los refugiados de la Era Glacial salieron de aquí, repoblaron el norte. Breogán no miraba una tierra extraña; miraba a sus primos.

Iñigo se inclinó hacia adelante, interesado. El olor a tabaco frío de su ropa se mezclaba con el aroma limpio de la lluvia.

—Entonces, ¿esta marca es un mapa genético?
—No, es un mapa estelar —corrigió Evelyn, trazando la línea en el aire—. Es una línea de navegación solar calibrada para el solsticio de invierno. Si trazas una línea recta desde este glifo al amanecer exacto del solsticio... Lucas, calcula la trayectoria. Azimut ciento treinta y cinco grados respecto al Norte magnético de la época vikinga.

Lucas tecleó rápida y furiosamente, dando con sus dedos sobre el cristal. Un mapa en 3D de la costa norte de España se desplegó en su tablet, iluminando sus rostros con un resplandor topográfico verdoso. Una línea roja salió disparada desde su posición virtual en A Coruña, cruzando el mar Cantábrico como una herida luminosa.

—La línea no va a Irlanda, Evelyn —dijo Lucas, frunciendo el ceño, confundido—. Se queda corta. Golpea la costa de Lugo.

—¿Dónde? —preguntó María, girándose por primera vez hacia ellos, olvidando momentáneamente la vigilancia perimetral.

Lucas amplió la imagen con dos dedos, haciendo zoom sobre la costa gallega.

—En la desembocadura de la Ría de Foz. Justo en... —Lucas se detuvo. Tragó saliva ruidosamente—. Madre mía.
—¿Qué? —apremió Iñigo con su tono grave, ese que exigía respuestas inmediatas sin necesidad de elevar la voz.

—Cae justo encima de las coordenadas del pecio que la Xunta declaró zona arqueológica restringida el mes pasado. El barco que decían que era un simple mercante del siglo XVIII hundido por una tormenta cualquiera.

Evelyn negó con la cabeza, poniéndose de pie despacio, como si el peso de la historia la empujara hacia abajo. El viento le azotó la gabardina, haciéndola flamear como una bandera negra.

—No es un mercante, Lucas. Es un barco vikingo. Y tiene todo el sentido histórico. Fue justo aquí, en agosto del año 844, donde una tormenta arrastró a la primera flota vikinga que jamás pisó Galicia. Venían de saquear Francia y el viento los empujó contra esta misma Torre.

Fueron derrotados, sí, pero aprendieron el camino. Los Lordemanos volvieron buscando lo que los celtas habían escondido antes de huir al norte. Ese barco en Foz... es la primera ficha del dominó.

Un silencio pesado cayó sobre el grupo, solo roto por el estruendo rítmico de las olas rompiendo contra la base del faro. Acababan de cambiar la historia. O de meterse en la boca de un lobo muy antiguo y hambriento.

—*Kontuz* —susurró Iñigo de repente.

No fue una advertencia casual. Fue una orden seca, autoritaria, nacida de décadas de instinto policial.

El vasco se levantó con una agilidad sorprendente para su edad y sus articulaciones doloridas, guardando la pipa en el bolsillo interior con un movimiento fluido.

María ya tenía la pistola en la mano, apuntando hacia la negrura del acantilado, su postura relajada transformándose instantáneamente en tensión de combate.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas, abrazando su tablet contra el pecho como si fuera un escudo medieval.

—Silencio digital —dijo María, con los ojos entrecerrados, escrutando la noche—. Los grillos han callado de golpe. Y el viento trae algo que no es lluvia.

—No es un sonido natural —aclaró Iñigo, mirando al cielo plomizo—. Es un zumbido eléctrico. Muy agudo. Casi ultrasónico. Como un mosquito gigante.

Lucas miró su tablet. La pantalla parpadeó una vez. Dos veces. Luego, todas las barras de señal 5G murieron al unísono, reemplazadas por un icono rojo parpadeante:

"INTERFERENCIA DETECTADA".

—Inhibidor de frecuencia. Alguien nos está bloqueando la salida de datos. Nos han cortado la línea con el mundo exterior.

De la oscuridad, cabalgando sobre el rugido del mar, emergió una sombra. No era humana. Un dron de cuatro rotores, negro mate, sin luces de navegación, se elevó desde el precipicio como un insecto depredador. No hacía el ruido típico de un dron comercial; su zumbido era grave, una vibración en el pecho que competía con la tormenta. Era tecnología militar.

La lente de la cámara del aparato brilló con un destello rojo, girando sobre su eje, escaneando sus rostros uno a uno con una frialdad mecánica y desapasionada.

—¿Sonrió? —preguntó María, con el dedo en el gatillo, tensa como un arco a punto de romperse.

—¿Quién?—preguntó Evelyn, retrocediendo instintivamente hacia la piedra milenaria, buscando refugio en el pasado.

—La cámara —dijo Iñigo sombríamente—. Nos está catalogando. Saben quiénes somos. Vámonos. Ya.

El dron hizo un movimiento imposible, un giro de noventa grados en una fracción de segundo desafiando las rachas de viento huracanado, y se lanzó en picado hacia el mar, desapareciendo en la garganta de la tormenta tan rápido como había llegado.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Lucas, con la voz temblorosa, mirando el vacío donde había estado la máquina.

María enfundó el arma con rabia, pero no relajó los hombros. Miró a sus compañeros, el agua resbalando por su cara dura y angulosa, lavando el miedo pero dejando la determinación.

—Eso, miña xoia, es la confirmación de que tenemos compañía. Y te aseguro que no son amigos de la arqueología ni turistas perdidos.

Iñigo se ajustó la boina, con el rostro serio iluminado por el barrido constante del faro que giraba sobre ellos, indiferente a sus pequeñas e insignificantes vidas.

—El enigma de Breogán acaba de dejar de ser una teoría académica, señores. Corred al coche. La próxima vez, no enviarán una cámara para mirarnos. Enviarán algo para borrarnos.

CAPÍTULO 2
LA ARQUITECTURA DEL SILENCIO

Localización: Autopista del Atlántico (AP-9), dirección Norte.
Hora: 05:30 AM.

El monovolumen devoraba el asfalto mojado de la autopista bajo una lluvia que parecía querer borrar el mundo. Dentro, el silencio era denso, cargado de electricidad estática y miedo.

Lucas conducía con los hombros pegados a las orejas, sus ojos saltando obsesivamente del parabrisas al espejo retrovisor cada pocos segundos.

— Deja de mirar atrás, rapaz —dijo Iñigo desde el asiento del copiloto.

El viejo inspector limpiaba las lentes de sus gafas con

un pañuelo de tela, con una calma exasperante que contrastaba con la tensión del resto.

— Si nos estuvieran siguiendo, ya nos habrían sacado de la carretera. Ese dron en la Torre no era un cazador, era un vigía.

— Un vigía con tecnología militar —corrigió María desde el asiento trasero. Tenía el arma desmontada sobre las rodillas y la limpiaba mecánicamente con un trapo, un tic nervioso que la ayudaba a pensar—. Nexus no debería tener acceso a ese tipo de juguetes. Era un modelo de vigilancia táctica. Silencioso, visión térmica, enlace satelital directo.

— Saben que hemos encontrado la piedra —dijo Evelyn, sentada junto a María, abrazada a su mochila como si llevara las joyas de la corona—. Y saben que hemos descifrado el mapa estelar.

Iñigo se puso las gafas y se giró en el asiento, haciendo crujir el cuero sintético. Su rostro, iluminado por las luces ambarinas de las farolas que pasaban a toda velocidad, estaba serio.

— No solo saben que lo hemos descifrado, doctora. Saben a dónde vamos. Y probablemente ya estén allí.

— ¿A Foz? —preguntó Lucas, tomando la salida hacia la carretera nacional que bordeaba la costa de Lugo.

— A Foz —confirmó Iñigo—. ¿Recordáis lo que os dije sobre cómo operan estas organizaciones? Cuando investigas un crimen común, buscas el ruido. El dinero deja rastro, la violencia deja huellas. Pero cuando te enfrentas a algo tan antiguo o tan poderoso como Nexus, no buscas el ruido. Buscas el silencio.

— "La Arquitectura del Silencio" —murmuró Evelyn, recordando una vieja conferencia de Iñigo.

— Exacto. —Iñigo señaló el mapa digital en la consola del coche—. He estado revisando los registros de propiedad de la Mariña Lucense mientras Lucas conducía. Es sutil, pero está ahí. Nexus ha comprado tierras rústicas alrededor de la Ría de Foz a través de empresas pantalla. Han silenciado a la cofradía de pescadores con donaciones anónimas y "estudios ambientales" que prohíben faenar en ciertas zonas.

— Han creado una zona de exclusión invisible —comprendió María, volviendo a montar la corredera de su pistola con un chasquido metálico letal—. Han borrado la zona del mapa para trabajar tranquilos.

— Y nosotros vamos directos a su salón de casa —dijo Lucas, tragando saliva.

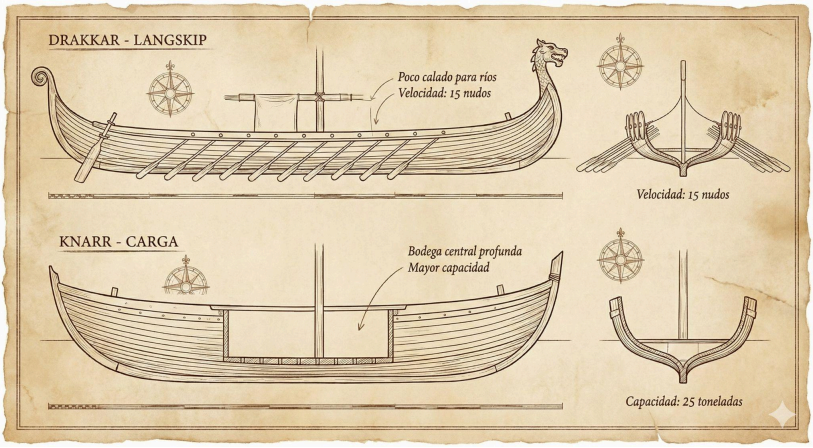
El coche entró en un banco de niebla. La visibilidad se redujo a cero. El mundo exterior desapareció, dejando

solo el haz de los faros cortando la bruma blanca.

— Iñigo —dijo Evelyn, abriendo su cuaderno de notas—. Hay algo más. Esa "Arquitectura del Silencio"... los vikingos también la usaban.

— Explícate —pidió el vasco.

— Si ese barco que buscamos es realmente un *Knarr* de carga y no un barco de guerra, y si estaba lleno de sílex... no se hundió por accidente. Los escandinavos usaban una técnica llamada *sinking-burial*. Hundían sus barcos de valor deliberadamente en aguas dulces o salobres, cargándolos de piedras, para preservar la madera si planeaban volver años después.



— ¿Lo escondieron? —preguntó María.

— Lo archivaron —corrigió Evelyn—. Bajo el lodo. Una cápsula del tiempo esperando a ser recuperada. Igual que Nexus intenta hacer ahora con su silencio administrativo.

El teléfono de Iñigo vibró en el salpicadero. Un mensaje corto. El viejo inspector lo leyó y su expresión se endureció aún más.

— ¿Elena? —preguntó María.

— Sí. Acaba de aterrizar en el aeropuerto de Asturias con su jet. Viene hacia aquí en un coche de alquiler. Dice que trae malas noticias de Londres.

— ¿Más malas? —Lucas soltó una risa nerviosa.

— Mucho más. —Iñigo guardó el móvil—. Dice que Nexus ha movilizado al *Nidhogg*. Su buque insignia de recuperación profunda. Si ese barco entra en la ría, no van a excavar. Van a dragar. Van a arrancar el fondo marino hasta que no quede nada.

María miró por la ventanilla. La niebla empezaba a clarear, revelando las primeras luces del alba sobre el mar Cantábrico. Un mar gris, plano y amenazante.

— Acelera, Lucas —ordenó María—. Tenemos que llegar antes que ese barco. Si Elena tiene razón, esto ya no es

una investigación arqueológica. Es una carrera.

El vehículo aceleró, dejando atrás la seguridad de la autopista y adentrándose en las carreteras secundarias de la costa, hacia un amanecer que traería respuestas y, muy probablemente, sangre.

CAPÍTULO 3
EL FIORDO DE LA NIEBLA

La Ría de Foz no amaneció; simplemente, la oscuridad de la noche se diluyó lentamente en un gris sucio, húmedo y opresivo. Una niebla espesa, de esa que los marineros gallegos llaman "algodón del diablo" por su capacidad para amortiguar los gritos y confundir el rumbo, cubría la desembocadura del río Masma. Ocultaba la peligrosa barra de arena que, durante siglos, había convertido esa entrada en una trampa mortal para cualquier capitán que no conociera los caprichos de la marea.

El aire estaba quieto, cargado de un silencio pesado que se te pegaba a la piel como una segunda capa de ropa, solo roto por el grito ocasional y lejano de una gaviota hambrienta que patrullaba la nada blanca.

En el pequeño muelle pesquero, el equipo esperaba junto a una barca de fibra con el motor fueraborda al ralentí, tosiendo humo azul. María Souto, con su chaqueta de cuero gastada y unas botas de goma cubiertas de barro seco hasta los tobillos, fumaba un cigarrillo con impaciencia, mirando al agua aceitosa donde flotaban manchas de gasoil y algas muertas.

El sonido de unos neumáticos caros triturando la grava del camino hizo que todos se giraran. Un sedán alemán negro, impoluto y blindado, apareció entre la bruma como un tiburón de asfalto y se detuvo con una suavidad mecánica. La puerta del conductor se abrió y de ella descendió Elena Vander.

La abogada parecía haber salido de una revista de moda de la Quinta Avenida, no de un viaje transcontinental de urgencia. Llevaba un abrigo de lana color camel de corte perfecto, pantalones de sastre y unos botines de piel italiana que valían más que la barca que iban a usar. Se ajustó las gafas de sol de marca, aunque no había sol, y miró el barrizal que la separaba del muelle con una mezcla de horror clínico y determinación profesional.

—Bonitos zapatos, abogada —dijo María, tirando la colilla al suelo y aplastándola con el tacón de su bota con saña—. Espero que floten.

Elena la miró por encima de las gafas, sin inmutarse.

—Son de piel de becerro tratada, inspectora. Y mi contrato incluye una cláusula de riesgo para el vestuario en zonas de conflicto. —Caminó hacia ellos, sorteando los charcos con una elegancia antinatural, como si levitara sobre la suciedad—. Iñigo. Me alegro de verte, aunque tengas esa cara de funeral que te pones cuando hueles problemas.

—Gracias por venir, Elena —dijo el viejo inspector, estrechándole la mano con calidez paternal—. Sé que odias el campo.

—Odio la improvisación y la suciedad. El campo lo tolero si hay un objetivo claro. —Elena miró la barca de fibra con escepticismo—. ¿Ese es nuestro vehículo de asalto?

—Es lo que hay —dijo Lucas, ayudándola a subir y ofreciéndole una mano que ella aceptó con reservas—. El presupuesto de "salvadores del mundo" no da para yates. Todavía.

El pequeño motor fueraborda rugió y la barca se alejó del muelle, adentrándose en la niebla. A medida que avanzaban hacia el centro de la ría, la visibilidad se redujo a unos pocos metros. El mundo desapareció. Solo quedaba el agua gris y la sensación de estar flotando sobre la historia.

Lucas sacó su tablet rugerizada, conectada a un transductor de sónar portátil que colgaba por la borda mediante un cable reforzado. La pantalla mostraba el lecho marino en tonos naranjas y amarillos, revelando la topografía oculta bajo el lodo.

—Estamos sobre las coordenadas exactas del cuaderno —susurró, rompiendo el silencio reverencial.

Todos miraron la pantalla. Una forma empezó a dibujarse en el fondo de lodo, emergiendo de la oscuridad digital. No era una roca. Tenía simetría. Costillas curvas. Una quilla central.

—Ahí está —dijo Evelyn, y su voz tembló con la emoción pura del descubrimiento—. No es un pecio moderno. Mirad la manga en relación a la eslora. Es ancho, panzudo. No está diseñado para la velocidad del ataque, sino para la carga y la estabilidad en el Atlántico Norte.

—Es un *Knarr* —confirmó Iñigo, reconociendo las líneas navales—. Un carguero vikingo. La mula de carga de la expansión nórdica.

Lucas ajustó la frecuencia del escáner para penetrar en las capas de sedimento que cubrían el casco.

—La bodega está llena. La señal rebota con una densidad brutal. Hay mineral. O piedra.

—Es lastre —dijo Evelyn, acercándose a la pantalla—. Pero no cualquier lastre. Lucas, ¿puedes hacer un análisis espectral de la superficie de esas piedras?

El informático tocó la pantalla. Un gráfico de composición química apareció en una ventana emergente.

—Sílex. Alto contenido en cuarzo y creta.

Evelyn soltó el aire que estaba conteniendo.

—El sílex no es nativo de esta parte de Galicia. Geológicamente es imposible encontrarlo aquí. Esto viene de los acantilados de Normandía o del sur de Inglaterra. Es la prueba definitiva, Iñigo. Este barco no venía de paso desde Escandinavia. Este barco huía del asentamiento de Os Moutillós.

—¿Un asentamiento? —preguntó Elena, fascinada a su pesar por la deducción—. ¿Aquí? ¿En tierra firme?

—En la playa de San Román, a pocos kilómetros al este —explicó Evelyn, señalando hacia la bruma impenetrable—. Los arqueólogos encontraron allí algo que no debería existir en la península: una mota defensiva con empalizada y foso. Un *longphort*. Un campamento de invernada fortificado. Los vikingos no solo pasaban por la Mariña Lucense para saquear y quemar; vivían aquí. Trajeron este sílex como lastre

desde sus bases en el norte para estabilizar los barcos vacíos, y lo soltaban aquí para cargar esclavos o botín.

—Entonces, ¿por qué se hundió? —preguntó María, mirando el agua tranquila—. Aquí dentro no hay olas. Es una piscina.

—Hasta que llegó el Obispo Gonzalo —murmuró Iñigo, mirando hacia donde debía estar la colina invisible de A Grela.

—¿Quién? —preguntó Lucas.

—Es una leyenda local muy potente —dijo Evelyn—. Se cuenta que en el siglo X, una gran flota vikinga entró en esta ría para atacar la sede episcopal de Mondoñedo. La gente huyó a las montañas, aterrorizada. Pero el Obispo San Gonzalo subió a la colina y comenzó a rezar. Dicen que por cada *Ave María* que rezaba, un barco vikingo se hundía misteriosamente en la calma de la ría.

—Magia —bufó Lucas—. O sugestión colectiva.

—Meteorología —corrigió Iñigo, encendiendo su pipa y dejando que el humo aromático se mezclara con la niebla salina—. Esta ría es traicionera, Lucas. La barra de arena cambia con las mareas y las corrientes son invisibles. Si les pilló una galerna del Cantábrico... esos barcos de fondo plano y poco calado se habrían vuelto incontrolables. El viento racheado los habría empujado

unos contra otros o contra los bancos de arena ocultos. No fue un milagro divino. Fue una trampa geográfica perfecta que se cerró sobre ellos.

Justo cuando el grupo empezaba a sentir el peso de la historia bajo la quilla, un sonido electrónico agudo rompió la atmósfera mística. El sónar de Lucas emitió un pitido de alerta diferente. Moderno.

—¿Qué es eso? —preguntó María, llevándose la mano al arma por instinto.

Lucas amplió el mapa. Tres puntos parpadeaban alrededor del pecio vikingo, formando un triángulo perfecto de contención.

—Señales activas. Son transpondedores acústicos.

Lucas se asomó por la borda y tiró de un cable fino de kevlar que apenas se veía en la superficie. Con esfuerzo, izó una pequeña boya negra, del tamaño de una lata de refresco. Tenía una luz LED parpadeando y un logotipo grabado en el plástico de alta densidad.

NEXUS MARITIME.

—Han llegado antes —dijo Iñigo, y su voz sonó grave, como una sentencia judicial—. Saben dónde está. Ya lo han marcado para la extracción.

—Llegamos tarde —dijo Elena, apretando los labios con

frustración—. Si tienen boyas desplegadas, tienen derechos de hallazgo preliminar según la ley marítima internacional. Pueden alegar que están "estudiando" el sitio.

—No si demostramos que es expolio y destrucción de patrimonio —replicó María con furia—. Vámonos. Ya hemos visto lo que teníamos que ver. El enemigo no es la niebla, es la empresa.

Al volver a tierra, el desembarco fue penoso. La marea había bajado, dejando metros de lodo negro y pestilente al descubierto. Tuvieron que cargar con los equipos pesados, hundiéndose hasta los tobillos en el fango que succionaba sus botas.

Lucas llegó al coche resoplando, sacudiéndose el lodo

de los pantalones con una mueca de asco absoluto.

—Madre mía, qué peste. Me siento como un extra de una película de gladiadores, pero de los que mueren al principio de disentería. Evelyn, confirma mi teoría para que me sienta mejor: estos vikingos, viviendo en campamentos de barro como ese de Moutillós, meses en el mar... debían oler a rayos, ¿verdad? Serían los tipos más apestosos de la Edad Media.

Iñigo sonrió con benevolencia mientras limpiaba su pipa, pero fue Evelyn quien respondió, riendo mientras limpiaba sus gafas con un pañuelo de seda.

—Te equivocas de pleno, Lucas.

—¿Ah, sí? —Lucas se olió la manga de su anorak—. Las crónicas inglesas los llamaban "lobos inmundos".

—Propaganda de guerra de los monjes, que estaban celosos —explicó Evelyn, abriendo el maletero del coche—. La realidad es que les daban miedo porque las mujeres sajonas los preferían a ellos. Eran, con diferencia, los hombres más limpios de Europa.

—¿Más limpios? —preguntó María, escéptica, raspando el barro de sus botas con un palo.

—Mucho más. El sábado en nórdico antiguo se llama

Laugardagr, que literalmente significa "Día de Baño". Se bañaban semanalmente en tinas de agua caliente, se cambiaban de ropa con frecuencia y usaban jabones especiales cáusticos para matar los piojos y blanquearse el pelo y la barba. Mientras tanto, en la corte de Francia o en los reinos cristianos de aquí, bañarse se consideraba insalubre y pecaminoso; lo hacían dos veces al año si había suerte.

Lucas se quedó quieto, procesando la información.

—Genial. O sea que un saqueador del siglo X, después de quemar una aldea, olería mejor que nosotros ahora mismo.

—Indudablemente —sentenció Iñigo, subiéndose al coche—. La conquista no empezó con hachas, Lucas. Empezó con buena higiene y peines de hueso.

CAPÍTULO 4
LOS GUARDIANES DEL ULLA

La información obtenida en Foz cambiaba el tablero de juego. Nexus iba un paso por delante, pero el equipo tenía una ventaja táctica: Evelyn entendía la lógica histórica, mientras que la corporación solo entendía la geología y el beneficio. Decidieron moverse hacia el sur antes de atacar el objetivo principal, buscando entender la estrategia defensiva de la ría y cómo los vikingos intentaron penetrar en el corazón de Galicia.

Hicieron escala en Catoira, Pontevedra.

El yate *Vindicator*, un buque de expedición gris y elegante que Elena había conseguido como base móvil gracias a un cliente millonario al que salvó de la bancarrota, quedó fondeado en la desembocadura de la Ría de Arousa. El equipo remontó el río Ulla a bordo de la lancha rápida *Valquiria*.

El paisaje cambió radicalmente. El mar abierto dio paso a un río ancho, de aguas oscuras, flanqueado por

juncos altos y bruma matinal. Y allí, emergiendo del fango y el agua como los dientes rotos y podridos de un gigante muerto, aparecieron las ruinas.

—Bienvenidos al *Castellum Honesti* —anunció Evelyn, su voz resonaba sobre el ronroneo del motor de la lancha.

Lucas miró las torres derruidas, cubiertas de musgo, líquenes y siglos de olvido.

—No parecen gran cosa. Solo piedras viejas y barro.

—No las mires con ojos de hoy, chico —le corrigió Iñigo, señalando el cauce del río con la boquilla de su pipa. Su experiencia táctica analizaba el terreno—. Mira el río. Es la autopista. Es el único camino. Si controlas estas torres, controlas el único acceso navegable hacia Iria Flavia y Santiago de Compostela. Aquí es donde el sueño vikingo se convertía en pesadilla. Aquí chocaba el acero del norte contra los muros del sur.

Evelyn asintió, validando la lectura militar de Iñigo.

—Durante siglos, estas torres frenaron a las flotas que intentaban subir para saquear el tesoro del Apóstol. Era la llave de Galicia. Si pasaban de aquí, Santiago ardía.

Elena, que había permanecido en silencio observando la orilla con unos prismáticos, señaló hacia un varadero cercano donde unos barcos de madera con cabezas de dragón descansaban en dique seco.

—¿Y esos barcos? Parecen nuevos. ¿Son de Nexus?

—No —dijo Evelyn, sonriendo—. Son réplicas. Hoy día celebran aquí una fiesta cada agosto, la Romería Vikinga. Miles de personas simulan el desembarco, cubiertas de vino y barro. Pero esos barcos son especiales. Han construido copias arqueológicamente exactas. Ese de ahí es el *Torres de Oeste*, una copia del *Skuldelev 5*, un buque de guerra danés rápido y letal hallado en el fiordo de Roskilde.

—Y aquel otro —señaló Lucas— tiene otro nombre en la proa. *Ardglass*.

—Sí —confirmó Evelyn—. Está hermanado con una asociación de Irlanda del Norte. Es el mismo patrón que vimos en la Torre de Hércules, Iñigo. Dinamarca, Irlanda, Galicia. Las mismas rutas que usaron los *drakkars* para la guerra, las seguimos usando hoy para la cultura. El *Castellum* no solo bloqueaba; era el punto de contacto. Donde el invasor a veces se quedaba y se convertía en vecino.

De vuelta en el yate *Vindicator*, navegando ya hacia alta mar bajo un cielo que amenazaba tormenta inminente,

el equipo se reunió en el salón principal. El lujo del yate —madera de teca, cuero, pantallas táctiles de navegación— contrastaba con el mapa de papel antiguo y desgastado que Evelyn desplegó sobre la mesa.

—Sigo sin entenderlo del todo —dijo Lucas, mordisqueando una manzana verde—. Perseguimos a un rey, Breogán, que es un mito. Como el Rey Arturo o los unicornios. ¿Estamos arriesgando la vida por un cuento de hadas?

Evelyn trazó una línea firme en el mapa con un lápiz rojo, uniendo A Coruña con Irlanda.

—Breogán fue muy real, Lucas. Quizás no como individuo único, sino como símbolo de todo un pueblo. Fue el arquitecto de la diáspora. Y la ciencia nos da la razón.

—¿La ciencia? —preguntó Elena, levantando la vista de sus contratos de salvamento marítimo.

—La genética. Estudios de investigadores como Bryan Sykes en Oxford han demostrado algo increíble: la población de Galicia y la de Irlanda comparten el mismo ADN base, el haplogrupo R1b. Somos hermanos de sangre separados por un charco. Somos la "Sangre de las Islas".

Evelyn miró a Iñigo, buscando su aprobación. El viejo policía asintió.

—Cuando los vikingos llegaron a Jakobsland, que es como llamaban a Galicia en sus sagas, no estaban invadiendo una tierra extraña. En cierto modo, estaban volviendo a la casa del abuelo. Estaban cerrando un círculo migratorio que empezó en la Edad de Hielo.

—Y no siempre vinieron en guerra —añadió Evelyn—. Después de la cristianización, crearon el *Vestvegr*, el Camino del Oeste. Una ruta de peregrinación marítima que traía escandinavos desde Noruega e Islandia hasta Santiago. El mar no separa, une.

Iñigo se inclinó sobre el mapa, su rostro iluminado por la lámpara de la mesa de cartas.

—Entonces, recapitulemos. Si Foz era un asentamiento y Catoira era el muro... ¿dónde guardaban lo que

sacaban? Si yo fuera un contrabandista vikingo y tuviera algo demasiado valioso para arriesgarlo en tierra, ¿dónde lo pondría?

Evelyn puso el dedo en un punto azul oscuro del mapa, lejos de la costa, en el margen de la plataforma continental.

—Los celtas y los vikingos compartían algo más que genes: el respeto reverencial por los lugares liminales, los umbrales entre mundos. Cuevas, pantanos... y fosas marinas. Si querían esconder algo sagrado, algo que uniera ambas culturas o tecnología prohibida como la piedra solar, no lo enterrarían en tierra, donde los reyes cristianos o los otros jarls pudieran encontrarlo. Lo devolverían al mar. A la diosa Ran.

Su dedo se detuvo sobre una grieta abismal en el mapa batimétrico.

—Aquí. El Cañón de Avilés.

—Es una de las fosas más profundas del mundo cerca de costa —dijo Lucas, consultando datos en su ordenador—. Cae a casi cinco mil metros a pocos kilómetros de la orilla. Es un abismo vertical.

—Perfecto para esconder algo que no quieres que nadie encuentre jamás —dijo María, cruzándose de brazos.

—Pues Nexus lo ha encontrado —intervino Elena, mirando por la ventana hacia el horizonte oscuro—. Y si el *Nidhogg* está allí, significa que van a intentar sacarlo.

Iñigo se ajustó la boina y miró a María. Había una seriedad nueva en sus ojos, una sombra de premonición.

—Entonces nosotros también iremos. Apagad las luces de navegación. Vamos a ir a oscuras. Decidid quién baja en el batiscafo, porque vamos a tener que mirar al monstruo a los ojos. Y me temo que esta vez, el monstruo nos devolverá la mirada.

El *Vindicator* viró hacia el norte, hacia la tormenta y hacia la historia, dejando atrás la seguridad de la tierra firme. Iñigo se quedó en cubierta un momento más, fumando su pipa, mirando las olas negras como si se estuviera despidiendo de ellas.

CAPÍTULO 5
EL PRECIO DEL AIRE

El ataque no llegó en forma de torpedo, ni de carga de profundidad, ni de arpón. Llegó como sonido.

Abajo, a ciento cincuenta metros de profundidad, la oscuridad del Cañón de Avilés era absoluta, una tinta negra y helada que envolvía el pequeño batiscafo amarillo como un sudario. Iñigo y María se agazapaban en el interior de la esfera de presión, observando a través del ojo de buey de metacrilato cómo el haz de luz iluminaba formaciones rocosas que ningún ser humano había visto antes.

Entonces, el universo líquido a su alrededor vibró.

Fue un pulso sónico. Un chirrido agudo, metálico y violento, lanzado desde la superficie por los transductores del *Nidhogg*. No buscaban destruir el

casco del sumergible; buscaban destruir a sus ocupantes. El ruido rebotó dentro de la esfera, taladrando los oídos y desorientando el sistema vestibular. Era como tener un taladro percutor dentro del cráneo.

—¡Nos están marcando! —gritó María, arrancándose los auriculares y tapándose los oídos con las manos—. ¡Es un sonar activo de alta frecuencia! ¡Están usándolo como arma!

Iñigo, a los mandos, palideció. Sus ojos se clavaron en los indicadores digitales que parpadeaban en rojo.

—No es solo un sonar, neska. Es una advertencia. Están sobrecargando nuestros sensores. Si suben la intensidad unos decibelios más, la resonancia freirá la electrónica y nos quedaremos a oscuras en el fondo. Tenemos que salir.

—¿Iniciamos el protocolo de ascenso seguro? —preguntó María, intentando leer los instrumentos a través de las lágrimas de dolor que el sonido le provocaba.

—No hay tiempo para una descompresión controlada —Iñigo miró a María con una tristeza infinita en los ojos, una despedida muda que ella no supo leer en ese momento de caos—. Si nos quedamos aquí un minuto más, nos cocerán el cerebro. Tenemos que purgar lastre

y salir como un corcho.

—Pero la velocidad de ascenso...

—Sujétate —ordenó el inspector, y su voz fue lo único firme en ese mundo que temblaba.

Iñigo accionó la palanca de emergencia mecánica. Se oyó un *clonk* sordo cuando los pesos de plomo se soltaron del casco exterior. El batiscafo, liberado de su ancla gravitatoria, se disparó hacia arriba, una burbuja de aire huyendo del abismo a una velocidad vertiginosa.

El ascenso fue una tortura física. La presión cambiaba demasiado rápido. Los tímpanos crujían. La sangre parecía hervir en las venas. El mar no los devolvió suavemente; los escupió con furia.

La superficie del Cantábrico estalló en una columna de espuma blanca y burbujas violentas cuando el batiscafo rompió la tensión superficial, balanceándose peligrosamente entre olas de tres metros bajo la lluvia torrencial.

La escotilla superior se abrió con un siseo de aire viciado. María salió primero, tosiendo, cegada por la luz gris del día y el rocío salado. Se arrastró por la cubierta mojada de la plataforma de popa del *Vindicator*, que se había acercado para recuperarlos.

—¡Iñigo! —gritó, girándose hacia la escotilla abierta, extendiendo la mano—. ¡Dame la mano!

Pero la mano que emergió no tenía fuerza. Iñigo Arrieta salió del habitáculo arrastrándose, con la piel del color de la ceniza húmeda y los labios de un azul cianótico. Se desplomó sobre la fibra de vidrio mojada, boqueando como un pez sacado del agua, con los ojos desorbitados por el pánico de la asfixia.

—Ayuda... —su voz era un gorgoteo húmedo, horrible, que no sonaba humano.

—¡Lucas, Elena! —grito María, intentando sostener la cabeza de su mentor para que no se golpeara contra la cubierta—. ¡Traed el botiquín! ¡Ahora!

Lucas y Elena llegaron corriendo desde la cabina, resbalando en la cubierta empapada. Cuando vieron a Iñigo, se quedaron helados. Una espuma rosada, fina y burbujeante, le brotaba de la comisura de los labios y la nariz con cada exhalación agónica.

—Dios mío... —susurró Elena, cayendo de rodillas junto a él, su mente analizando los síntomas con frialdad clínica a pesar del horror—. Es edema pulmonar por inmersión. Sus pulmones... la presión ha forzado el paso de fluidos. Se está ahogando en su propia sangre.

—¡No me cuentes la teoría, haz algo! —le rugió María, con el pánico arañándole la garganta.

Iñigo se arqueó en un espasmo de dolor brutal, llevándose la mano al pecho, arañando el neopreno como si quisiera arrancarse el corazón del pecho.

—Bihotza... —gimió, una palabra en euskera que sonó a súplica—. Me duele...

—¡Lucas, el desfibrilador! —ordenó Elena, recuperando el mando—. ¡Rápido! María, corta el traje. Necesitamos piel desnuda para los electrodos.

María sacó su navaja táctica. Con manos temblorosas pero precisas, rasgó el neopreno negro desde el cuello hasta el ombligo. El traje se abrió con un sonido de desgarro, revelando la camiseta térmica empapada en sudor frío. María la cortó también.

Y entonces, el tiempo se detuvo.

El pecho de Iñigo quedó expuesto a la lluvia helada. No era un pecho normal. Cruzando el esternón de arriba abajo, como una cremallera de carne pálida y violácea, había una cicatriz queloide. Vieja, gruesa, inconfundible. La marca de una cirugía a corazón abierto. Y justo debajo de la clavícula izquierda, la piel se levantaba sobre el contorno cuadrado y duro de un dispositivo implantado.

Lucas, que llegaba con el maletín naranja del DESA, se quedó paralizado, con los parches en la mano.

—Lleva un marcapasos...

Elena se llevó la mano a la boca, horrorizada al comprender la magnitud de la tragedia.

—Los marcapasos y desfibriladores implantables solo se prueban y garantizan hasta cuatro atmósferas de presión. A ciento cincuenta metros... son quince atmósferas. La carcasa se ha deformado. Ha colapsado, María. La electrónica ha fallado y le ha parado el corazón.

La revelación golpeó a María más fuerte que cualquier ola.

Iñigo tenía una patología cardíaca severa. Sabía que el buceo profundo estaba contraindicado. Sabía que un ascenso de emergencia sería letal. Y aun así, había bajado. Había bajado para vigilar al monstruo, para que ella no fuera sola a la oscuridad.

—¡Maldito viejo testarudo! —gritó María, las lágrimas mezclándose con la lluvia en su cara—. ¡Lo sabías! ¡Sabías que era un viaje de ida!

—*Analizando ritmo* —anunció la voz metálica y sintética del desfibrilador que Lucas acababa de conectar. Todos contuvieron el aliento. Incluso el mar pareció callar un segundo.

—*No se recomienda descarga. Asistolia detectada. Inicie RCP.*

No era fibrilación. No había caos eléctrico que ordenar. Simplemente, no había nada. El corazón de Iñigo, ese motor viejo y remendado que había mantenido el secreto hasta el final, se había detenido para siempre.

María entrelazó las manos sobre el esternón de su amigo y cargó todo su peso.

Uno, dos, tres, cuatro...

Comprimía con fuerza, con rabia. Se oyó un chasquido seco. Una costilla rompiéndose bajo la presión. A María no le importó. Siguió bombeando sobre la cicatriz.

—¡Respira! —gritaba con cada compresión, su voz rota por el esfuerzo—. ¡Vamos, Iñigo! ¡Malo será que te vayas ahora! ¡Respira, joder!

Pasaron dos minutos. Cinco. Eternos.

El único sonido era el jadeo agónico de María y el golpe

rítmico, húmedo y brutal de sus manos contra el pecho inmóvil. Iñigo Arrieta, el sabio de la pipa y la paciencia, se había ido. Sus ojos, fijos en el cielo tormentoso de Galicia, ya no tenían luz.

—María... —Elena le puso una mano suave pero firme en el hombro, deteniendo el movimiento—. Ya está. Se ha ido. Para.

María se quedó inmóvil, con las manos aún sobre el pecho de Iñigo, sintiendo la quietud absoluta bajo su piel. Se derrumbó sobre el cuerpo. Apoyó su frente contra la frente fría del viejo policía. Olía a mar, a sangre y a tabaco viejo.

—*Egun on, Iñigo* —susurró, con la voz rota, usando el saludo de cada mañana porque se negaba a decirle adiós—. *Zaindu*. Cuídate.

Se levantó despacio. Sus piernas fallaron y tuvo que agarrarse a la borda para no caer. Miró al mar, a esa extensión inmensa de agua negra donde el *Nidhogg* esperaba, invisible en la distancia, impune.

—Metedlo dentro —dijo María. Su voz había cambiado. Ya no había pánico en ella. Había un vacío absoluto, frío y peligroso—. Y dadme la radio. Quiero saber el nombre del maldito asesino que apretó el botón del sonar.

CAPÍTULO 6

EL VIKINGO DE HELSINKI

La lluvia en la costa de Lugo no daba tregua. No era una lluvia normal; era una cortina de agua densa y fría que aislaba la casa de seguridad del resto del mundo, convirtiéndola en una cápsula de tiempo suspendido. Golpeaba los cristales con una insistencia rítmica que contrastaba con el silencio fúnebre del interior.

Habían pasado veinticuatro horas desde que el mar les devolviera el cuerpo de Iñigo, y el vacío que había dejado el viejo inspector ocupaba más espacio que cualquiera de los muebles de la estancia.

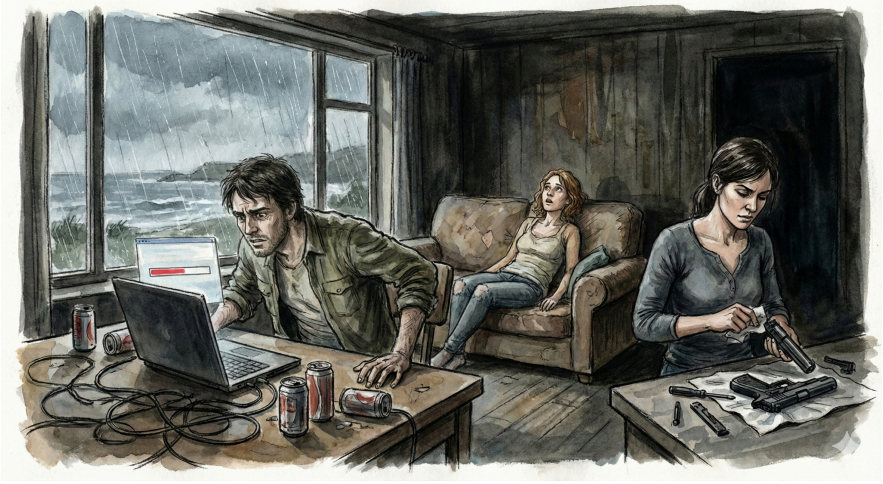
En el salón, convertido en un centro de mando improvisado, el aire estaba viciado. Lucas Varela estaba sentado frente a una mesa plegable llena de cables enmarañados y latas de bebida vacías. Parecía haber

envejecido diez años en un día. Sus ojos, enrojecidos, no se apartaban de la pantalla, donde una barra de progreso roja se detenía una y otra vez.

—¡Maldita sea! —gritó, golpeando la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Evelyn desde el sofá, sobresaltada.

—Que no entro, quillo. No entro. —Lucas se pasó las manos por el pelo—. Es inútil. Me han puesto un cortafuegos de grado militar. Cada vez que intento triangular la señal del *Nidhogg*, el sistema me rebota a



un servidor en las Islas Caimán o me bloquean la IP.

—Sigue intentándolo —dijo una voz desde la penumbra.

María Souto estaba en un rincón, limpiando su arma reglamentaria una y otra vez. Desmontaba la corredera, aceitaba el cañón, volvía a montar. Clic-clac.

—Encuéntralos, Lucas. O juro que saldré al mar en una zódiac y empezaré a disparar a todo lo que flote.

—Si haces eso, acabarás muerta antes de verles la cara —advirtió Elena, entrando desde la cocina—. Necesitamos ser más listos, no más brutos. Lucas, ¿no hay nadie más?

Lucas sacó un teléfono desechable del bolsillo.

—Necesito artillería pesada. Alguien que no piense como un hacker ético, sino como un depredador. Voy a llamar a un fantasma. A un tipo con el que jugaba al ajedrez online en la Deep Web. Le dicen "El Martillo".

Tres horas después, el sonido de un motor potente rompió la monotonía de la lluvia. Un vehículo todoterreno negro, con matrícula extranjera y neumáticos de invierno, se detuvo en la grava del exterior.

María montó el arma en un segundo y se pegó a la pared junto a la entrada.

—Nadie sabe que estamos aquí.

La puerta se abrió sin llamar. Una ráfaga de viento frío entró en el salón. En el umbral se recortó una figura que parecía ocupar todo el marco.

Medía casi dos metros. Llevaba un abrigo largo de lana gris marengo, bufanda oscura y unas botas que parecían diseñadas para pisar la tundra finlandesa. Tenía el pelo color ceniza, cortado con precisión militar,

y una barba cuidada que enmarcaba una mandíbula cuadrada.

—Bajad el arma, inspectora —dijo el recién llegado. Su voz era grave, profunda, con un acento nórdico cantarín

pero firme—. Las balas no atraviesan los *firewalls*.

Lucas se levantó de un salto.

—Erik. Gracias por venir.

Erik Halvarsson se quitó los guantes de piel despacio, escaneando la sala con unos ojos azules gélidos. Su mirada se detuvo en el arma de María, pero no mostró miedo.

—Mis condolencias —dijo, dejando un maletín metálico sobre la mesa—. Lucas me contó lo del barotrauma. Una muerte fea para un hombre bueno. Pero el duelo tendrá que esperar.

María bajó el arma lentamente.

—¿Tú eres el "Jarl"?

—Soy el consultor que va a evitar que cometáis una estupidez —Erik abrió el maletín. Dentro había un servidor portátil compacto, antenas de alta ganancia y cables de fibra óptica—. Lucas me dice que Nexus Maritime os ha dejado ciegos.

—Tienen un cifrado polimórfico —se excusó Lucas—. Es impenetrable.

Erik soltó una risa seca. Se sentó frente al ordenador y conectó su equipo. Sus dedos grandes se movían con

una delicadeza sorprendente sobre el teclado.

—No existen los sistemas impenetrables. Nexus usa tecnología robada de la OTAN. Yo escribí parte de ese código base hace quince años para la seguridad fronteriza finesa. Veamos si el sistema recuerda a su padre.

Mientras Erik trabajaba, un gato callejero mojado que se había colado por la puerta se acercó a él, maullando. María hizo un gesto para echarlo, pero Erik bajó la mano y rascó al animal detrás de las orejas. El gato ronroneó al instante.

—No te pegaba nada ser amigo de los felinos, Jarl —dijo Evelyn, sorprendida—. Te imaginaba más de lobos.

—Los gatos eran sagrados para Freyja, doctora —dijo Erik sin dejar de teclear—. Eran esenciales en los *drakkars* para cazar ratas y proteger el grano. Matar a uno traía una maldición terrible. De hecho, el regalo tradicional para una novia vikinga no eran joyas, era un gatito[4444]. Una mujer que tenía gatos controlaba su hogar. Cultura práctica.

Un pitido agudo sonó en el ordenador.

—Hecho —anunció Erik—. El muro ha caído. Tengo la ubicación del Nidhogg.

María se acercó a la mesa de un salto.

—¿Dónde están?

Erik señaló un punto rojo en el mapa, justo sobre la fosa abismal de Avilés.

—Están posicionándose para dragar. Tienen prisa. Saben que tenéis la llave. La pregunta es, inspectora... ¿tienes tú el estómago para lo que hay que hacer ahora? Porque no vamos a detenerlos con multas. Vamos a tener que hundirlos.

María sostuvo su mirada.

—Malo será que no me sigan el ritmo, vikingo.

CAPÍTULO 8
LA RUTA DEL DINERO

Mientras el equipo en Galicia preparaba el asalto físico y lidiaba con sus fantasmas, Elena Vander libraba su propia guerra a mil kilómetros de distancia, en un campo de batalla hecho de moqueta y silencio.

El tren de alta velocidad TGV Lyria cruzaba la frontera franco-suiza a trescientos kilómetros por hora, convirtiendo el paisaje de los Alpes en un borrón de verdes y grises. Pero Elena no miraba por la ventanilla. Estaba sentada en un vagón de primera clase casi vacío, con un café solo enfriándose a su lado y la luz de su portátil iluminando su rostro con un resplandor espectral.

La pantalla desplegaba un diagrama de flujo financiero tan complejo que parecía el mapa del sistema nervioso

de un gigante.

—Vamos, Vrome... —murmuró para sí misma, masajeándose las sienes con las yemas de los dedos—. Eres un fantasma, de acuerdo. Pero hasta los fantasmas necesitan pagar el alquiler y comprarse trajes a medida.

Elena estaba realizando una autopsia financiera en tiempo real de la estructura de Nexus Maritime. Gracias a los primeros datos que Erik había extraído antes de ir a Galicia, tenía los hilos sueltos. Ahora tenía que tirar de ellos.

Había localizado el corazón de la bestia: una cuenta numerada en el *Banque Privée* de Ginebra. La cuenta CH-7789-X. Era una fortaleza digital. Protegida por el secreto bancario suizo más estricto, blindada por capas de sociedades pantalla en Panamá, Delaware y las Islas Vírgenes. Entrar ahí por la fuerza bruta legal tardaría años; un juez español tendría que enviar una rogatoria, Suiza tendría que aceptarla, los

abogados de Nexus apelarían... Para cuando llegaran al dinero, el tesoro de Breogán ya estaría fundido.

Elena necesitaba una grieta. Un error humano.

Revisó los movimientos secundarios de las empresas satélite. Miles de transacciones. Pagos a proveedores, nóminas de mercenarios camufladas como "consultoría de seguridad", compras de combustible. Todo parecía aséptico.

Pero entonces, sus ojos de depredadora financiera se detuvieron en una línea minúscula. Un pequeño goteo de fondos, regular como un reloj, que salía de una subsidiaria en Liechtenstein hacia una cuenta en las Islas Caimán.

El concepto de la transferencia era vago: "Mantenimiento de activos externos - Nivel 1".

Elena sonrió. Era una sonrisa fría, sin alegría, la sonrisa del tiburón que detecta una gota de sangre en el agua a kilómetros de distancia.

—Islas Caimán. Territorio británico de ultramar. Ya no son el paraíso opaco que eran en los ochenta. Si hay sospecha de fraude fiscal en la Unión Europea, están obligados a colaborar.

Elena sacó su teléfono satelital encriptado. Hizo tres llamadas rápidas. Una a un contacto en la *City* de Londres que le debía la carrera. Otra a la capitanía del puerto de Mónaco. Y la tercera al registro mercantil de George Town.

Veinte minutos después, mientras el tren frenaba suavemente en la estación central de Zúrich *Hauptbahnhof*, su bandeja de entrada parpadeó.

La cuenta de las Caimán no pagaba el mantenimiento de una oficina, ni de servidores. Pagaba el amarre, el combustible y la tripulación de un superyate privado atracado en Mónaco: el *Silent Mary*.

Elena abrió el archivo adjunto enviado por su contacto monegasco. Era el historial de incidencias del yate. Estaba limpio, excepto por un detalle trivial ocurrido hacía cinco años. Una multa de tráfico marítimo por exceso de velocidad dentro de la bocana del puerto. Importe: 200 euros.

Para pagar esa multa insignificante, el gestor del yate había cometido un error capital. Había usado una tarjeta de crédito *Black,* vinculada directamente a la cuenta madre suiza para agilizar el trámite, en lugar de usar la cuenta de gastos menores.

Además en el recibo digital de esa multa, archivado en la burocracia del principado, aparecía un nombre como avalista solidario de la tarjeta.

No era una empresa fantasma. No era un testaferro.

Era una persona física.

"Julian Vrome".

Elena cerró el portátil con un golpe seco que resonó en el vagón.

—Te tengo —susurró.

Julian Vrome había ocultado miles de millones, había borrado su huella digital del mundo, había ordenado asesinatos y saqueos. Pero la arrogancia de un millonario que no quiere perder tiempo pagando una multa de aparcamiento acababa de darle a Elena la llave del reino.

El tren se detuvo. Elena se levantó, se alisó la falda de su traje impecable, cogió su maletín y salió al andén de Zúrich. El aire de la estación era frío y limpio. No iba a ir a la sede del banco a pedir por favor. Iba a ir directa a la oficina de la Fiscalía Federal Suiza.

Marcó el número de María mientras caminaba hacia la salida, con el paso firme de una ejecución sumaria.

—Inspectora —dijo cuando María descolgó al primer tono—, prepara las esposas. Acabo de encontrar la cartera de nuestro fantasma. Y se la voy a vaciar entera. Con la prueba de evasión fiscal y blanqueo de capitales que tengo en este maletín, Suiza congelará sus activos en menos de una hora. El Nidhogg se va a quedar sin gasolina.

CAPÍTULO 9

LA RATONERA (24 Horas Antes)

Mientras Erik cruzaba Europa hacia Galicia, el resto del equipo había lanzado un ataque desesperado en suelo británico para forzar la mano de Nexus y exponer a su líder.

La sede europea de Nexus Maritime en la *City* de Londres no parecía la guarida de una organización criminal. Parecía un templo de cristal consagrado a la transparencia y la sostenibilidad. El rascacielos rasgaba el cielo plomizo de Londres, reflejando las nubes.

En la planta 42, Elena Vander, Evelyn y María Souto entraron en la sala de juntas principal como si fueran las dueñas del edificio. La recepcionista ni siquiera había tenido tiempo de avisar a seguridad; la amenaza legal de Elena había sido tan precisa y aterradora que las

puertas se habían abierto solas.

Al fondo de la sala, presidiendo una mesa de cristal negro con vistas al Támesis, estaba Arthur Sterling, el Director de Operaciones visible de la compañía. Era un hombre de sonrisa fácil y bronceado artificial.

—Señora Vander —dijo Sterling, levantándose con una calma ensayada—. Veo que trae escolta. Esto es altamente irregular.

—Lo que es irregular es dragar tumbas de guerra británicas en el Atlántico Norte para vender el acero pre-nuclear a fabricantes de escáneres médicos chinos —intervino Evelyn. Su voz temblaba de indignación, pero no de miedo.

La historiadora lanzó una carpeta sobre la mesa.

Las fotos se desperdigaron sobre el cristal pulido:

imágenes de sonar que mostraban el casco roto del HMS Wager, hundido en 1944, siendo devorado por las máquinas de Nexus.

—Murieron ciento doce marineros en ese barco. Ustedes lo convirtieron en chatarra. Eso viola la Convención de la UNESCO y la Ley de Protección de Restos Militares.

El silencio en la sala se hizo denso. Sterling dejó de sonreír.

—Son acusaciones graves y sin fundamento.

Elena dio un paso al frente.

—Y sabemos que Vrome es el dueño real. Tengo los registros financieros. Tenéis dos opciones, Sterling: ordenad al Nidhogg que se retire de las aguas españolas inmediatamente y entregaos, o mañana por la mañana vuestras caras abrirán todos los telediarios financieros del mundo. Vuestras acciones valdrán cero.

Sterling se aflojó el nudo de la corbata. Miró a los otros miembros del consejo, que parecían querer volverse invisibles.

—Esperen aquí —dijo con voz tensa—. Debemos... deliberar.

Hizo una señal rápida y todo el Consejo salió de la sala por una puerta lateral oculta en los paneles de madera.

—Es una trampa —dijo María en cuanto el último ejecutivo salió.

La inspectora corrió hacia la puerta principal. Agarró el pomo. Bloqueado.

Se oyó un zumbido electrónico. Las persianas de acero bajaron automáticamente, sellando las ventanas y convirtiendo la sala de juntas en un búnker. Las luces cambiaron a un rojo de emergencia.

Una voz metálica sonó por la megafonía:

—Amenaza de seguridad detectada en la planta ejecutiva. Protocolo de contención activado.

—Nos van a enviar a los de limpieza —dijo María, desenfundando su arma y mirando a sus compañeras—. No van a llamar a la policía. Van a intentar que desaparezcamos antes de que esas pruebas salgan de aquí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Evelyn, aterrada.

María señaló la inmensa mesa de roble y cristal.

—¡Bloquead la puerta lateral! Malo será que no nos llevemos a unos cuantos por delante.

Durante los siguientes veinte minutos, la elegante sala de juntas se convirtió en un campo de batalla. María usó su entrenamiento para organizar la defensa. Arrastraron muebles, rompieron sillas para usarlas como garrotes y se prepararon para vender cara su piel.

Cuando los guardias de seguridad privada —mercenarios con trajes tácticos— intentaron forzar la entrada, se encontraron con una resistencia feroz. María disparó a las cerraduras, manteniendo la posición, mientras Elena usaba un extintor para crear una cortina de humo químico.

Finalmente, aprovechando la confusión del humo y el caos, María logró reventar el cristal de una ventana lateral que daba a una escalera de incendios exterior.

—¡Fuera! ¡Vamos!

Salieron al aire frío de Londres, con las sirenas de la policía real —la verdadera policía, alertada por el tiroteo— acercándose desde abajo. Habían escapado por los pelos, magulladas y sucias, pero habían logrado su objetivo: Nexus estaba en pánico. Habían golpeado al avispero. Ahora, la reina tendría que salir.

Tomaron un taxi directo al aeródromo privado donde el jet de Elena las esperaba con los motores en marcha para llevarlas de vuelta a Galicia. La guerra de despachos había terminado; la guerra real estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 10
EL MERCADO DE LAS SOMBRAS

De vuelta en el búnker de la costa de Lugo, el equipo se reunió al completo. La casa olía a lluvia, café y tensión. Elena, Evelyn y María acababan de llegar del aeropuerto, todavía con la ropa manchada de hollín y polvo de la huida de Londres.

Lucas Varela las miró con los ojos como platos.

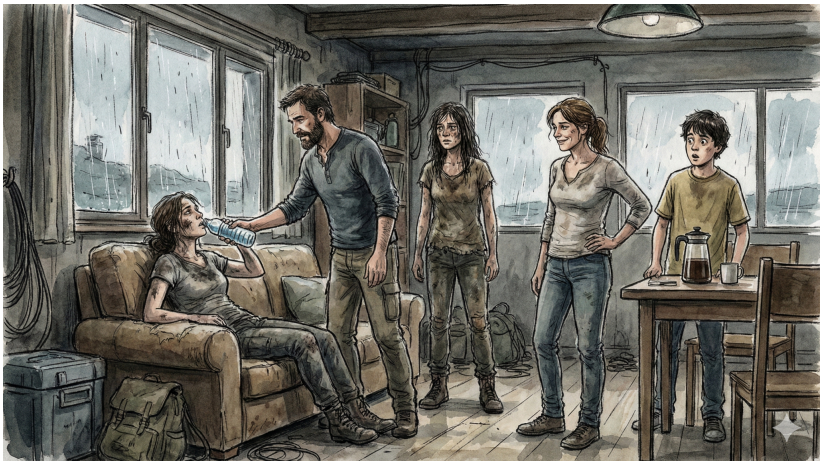
—Madre mía. Parecéis salidas de una película de acción.

—Ha sido... intenso —admitió Evelyn, dejándose caer en el sofá.

Erik Halvarsson, que no se había movido de su puesto frente a los servidores, se levantó y le ofreció una botella de agua a Evelyn con delicadeza. Luego miró a

María y Elena con una nueva apreciación.

—Habríais encajado bien en mi cultura —dijo el vikingo—. El verdadero poder de la mujer nórdica no estaba en el escudo, estaba en el cinturón.



—¿En el cinturón? —preguntó Evelyn, bebiendo con ansia.

—Las llaves. La mujer llevaba las llaves de los cofres y de la granja colgadas al cinto. Ellas mandaban en la hacienda, podían heredar tierras y comerciar. Incluso podían divorciarse si el marido era un inútil o violento. Tan fácil como decirlo ante testigos en el umbral de la casa. María y Elena no son la excepción; son la norma de las mujeres fuertes del norte.

María esbozó una media sonrisa cansada.

—Gracias por el cumplido, Jarl. Pero ahora dime qué habéis encontrado.

Lucas giró su pantalla gigante hacia el grupo. La atmósfera en la sala se heló de golpe.

—Tenemos un problema mayor que los mercenarios de Londres. Mientras estabais en el aire, Erik y yo encontramos esto en la Dark Web.

En la pantalla brillaba el logotipo del Obsidian Ledger, un mercado negro exclusivo y encriptado donde se vendía todo lo que es ilegal poseer.

—¡Lo han puesto a la venta! —dijo Lucas, señalando una línea parpadeante—. "Lote Proyecto Breogán".

Evelyn se acercó a leer la descripción.

- OBJETO: Tecnología de navegación óptica de calcita pura (Siglo X) + Restos de aleación desconocida.
- ORIGEN: Atlántico Norte.
- PRECIO DE SALIDA: 15.000.000 USD (Monero).
- ESTADO: EXTRACCIÓN INMINENTE.

—Tienen prisa —dijo Erik, con voz sombría—. Saben que Elena les ha congelado las cuentas en Suiza. Necesitan

liquidez inmediata para pagar a sus operativos y huir. Han organizado una subasta relámpago.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Iñigo desde el recuerdo, una pregunta que ahora formulaba María en voz alta.

Lucas señaló el contador regresivo junto al lote.

03:59:45

—La subasta cierra en cuatro horas —dijo Erik—. Tienen un comprador asegurado. En ese momento, el *Nidhogg* arrancará el tesoro del fondo para entregarlo. No van a hacer arqueología, van a hacer minería destructiva.

Evelyn se llevó las manos a la cabeza.

—Si sacan eso a la fuerza, destruirán el contexto. Romperán el barco. Y la pieza acabará en la cámara acorazada de un oligarca ruso o un jeque en Dubái. Nunca la volveremos a ver.

Erik cerró su portátil militar de un golpe seco.

—Entonces se acabó la investigación. Tenemos que ir al mar. Ya.

—¿Al mar? —preguntó Elena—. Hay alerta naranja por temporal. Es una galerna.

—Mejor —dijo Erik, dirigiéndose al armario de armas—. El mal tiempo iguala las probabilidades. El *Nidhogg* es grande y lento. Nosotros seremos rápidos. Prepara el *Vindicator*, Elena. Lucas, coge tus equipos de hackeo. María, trae todo lo que dispare. Nos vamos de caza.

María miró a su equipo. Estaban agotados, heridos y superados en número. Pero en sus ojos vio el mismo fuego que había visto en los de Iñigo tantas veces.

—Malo será —dijo ella, cargando su arma—. Vamos a por ellos.

CAPÍTULO 11
EL REINO DE RAN

El yate de expedición *Vindicator* no navegaba; embestía. Con sus proas reforzadas para hielo, el barco se abría paso a través de las olas negras del Cantábrico, dirigiéndose a las coordenadas exactas sobre la vertical del Cañón de Avilés. La tormenta, una galerna clásica del norte, había convertido el océano en un caos de espuma, viento y oscuridad. El mundo se había reducido a dos colores: el negro del agua y el gris del cielo.

En la cubierta de popa, protegidos apenas por el voladizo del puente, Erik Halvarsson terminaba de ajustar las hebillas de su equipo de buceo. No llevaba botellas normales. Llevaba un *rebreather* de circuito cerrado militar, un aparato que reciclaba el aire y no emitía burbujas. Iba a bajar como un fantasma.

Evelyn, pálida por el mareo y el miedo, le sujetaba el brazo mientras él se ponía las aletas largas de carbono.

—Es una locura, Erik. Las corrientes ahí abajo... es el reino de Ran. La diosa nórdica que atrapa a los marineros con su red y los arrastra al fondo. ¿Cómo lo hacían tus antepasados? ¿Cómo subían a esos barcos de madera sabiendo que iban a la guerra y que probablemente no volverían?

Erik se ajustó la máscara facial completa, comprobó el flujo de oxígeno y miró a Evelyn a los ojos. En su mirada no había miedo, solo una calma antigua.

—Por el Wyrd, Evelyn. El destino tejido. Nosotros creemos que la fecha de tu muerte está decidida por las Nornas desde el momento en que naces. El hilo ya está

cortado. Si hoy no es el día, ninguna bala de Nexus ni ninguna ola podrá matarme. Y si hoy ES el día... entonces el miedo no sirve de nada, porque va a pasar igual.

—¿Entonces qué haces? —preguntó ella, temblando por el frío y la emoción.

—Decides si mueres llorando o mueres riendo. Yo prefiero reír. Confunde al enemigo.

Erik caminó hacia la plataforma de baño, que subía y bajaba violentamente con el oleaje. Esperó el momento exacto y se dejó caer de espaldas al agua negra.

El frío fue un golpe de martillo, instantáneo y brutal, a pesar del traje seco. El rugido de la tormenta desapareció al instante, reemplazado por el silencio líquido.

Descendió. Diez metros. Veinte. La luz de la superficie se desvaneció. Encendió los focos tácticos de sus hombros.

A cuarenta metros de profundidad, el silencio se rompió. No por el mar, sino por la industria.

Erik vio las luces antes que las formas. Focos potentes, artificiales, que violaban la oscuridad perpetua del cañón. Y oyó el ruido. Un chirrido metálico, agónico, que

se transmitía por el agua con una claridad dolorosa.

Sobre el lecho marino, iluminando el esqueleto de madera del barco vikingo como si fuera un escenario de crimen, había máquinas. Monstruos de acero amarillo con el logo de Nexus.

Erik reconoció la maquinaria. Eran robots de minería submarina idénticos a los de *Nautilus Minerals*. Un "Bulk Cutter" [2], un vehículo oruga equipado con un cilindro rotatorio gigante erizado de dientes de tungsteno, estaba posicionado sobre el arrecife de coral de agua fría *Lophelia pertusa* [3] que había protegido el tesoro durante mil años. La máquina estaba triturando el coral y la roca para despejar el camino hacia la bodega del barco.

—Van a triturarlo todo —pensó Erik con rabia—. Van a

usar bombas de succión para aspirar la historia y escupirla hecha polvo en la superficie[4].

Su misión no era detener la máquina, eso era imposible para un hombre solo. Su misión era desactivar las cargas de demolición sísmica que Nexus había colocado alrededor para provocar un derrumbe y borrar la evidencia del expolio.

Nadó hacia los pilares de roca, moviéndose con la gracia de un depredador. Con sus cizallas de titanio, localizó el cable detonador maestro.

Clic.

Una luz roja parpadeó en la caja de control y se apagó. Los explosivos estaban muertos.

Pero Erik no estaba solo.

Un movimiento en las sombras periféricas captó su atención. Un buzo.

Pero no era un buzo normal. Era una figura enorme, deforme, enfundada en un traje rígido atmosférico, un exoesqueleto hidráulico diseñado para trabajos pesados a gran profundidad5. El mercenario de Nexus giró su casco abombado y lo vio.

El enemigo activó los propulsores de su traje y se lanzó contra Erik. No llevaba cuchillo. Llevaba una herramienta de corte industrial en la mano mecánica, una pinza hidráulica capaz de partir acero reforzado.

Erik esquivó el primer golpe por milímetros. La pinza se cerró con un chasquido que reverberó en el agua como un disparo. Erik intentó rodearlo, pero el traje rígido, aunque lento, era imparable. El mercenario le golpeó con el brazo blindado en el pecho. El impacto le sacó el aire de los pulmones y lo lanzó contra el fondo lodoso.

Fue una pelea lenta, onírica y mortal. Dos guerreros luchando en gravedad cero, rodeados de oscuridad y presión. Erik sacó su cuchillo, pero la hoja resbaló inútil sobre el blindaje de aleación de aluminio del exoesqueleto[6].

El mercenario lo agarró por el cuello con la pinza, sin cerrarla del todo, pero apretando la tráquea, intentando aplastar su laringe o arrancarle el regulador.

Erik sintió que la oscuridad se cerraba en los bordes de su visión. Hipoxia. Iba a morir allí. En el fondo. Como Iñigo.

«Malo será», escuchó en su mente. La voz de María. Y la risa de Iñigo.

La furia se encendió en su sangre. La *berserkergang*.

Erik dejó de intentar soltarse. Hizo lo contrario. Se abrazó al mercenario, trabando sus piernas alrededor del torso blindado del exoesqueleto.

En la confusión del lodo levantado, Erik buscó el punto débil. No el hombre, sino la máquina. Recordó los esquemas de ingeniería.

Encontró los latiguillos flexibles que suministraban aire y presión hidráulica a los brazos del traje, expuestos en la espalda para facilitar el mantenimiento.

Agarró el mazo de cables con ambas manos. Y tiró. Con todo. Con la fuerza de mil años de guerreros del norte.

Hubo un estallido de burbujas plateadas, violento y hermoso en la luz de los focos. El sistema de soporte vital del mercenario reventó.

El hombre dentro del traje entró en pánico absoluto. Soltó a Erik inmediatamente, llevándose las manos al casco, intentando respirar aire que ya no existía. En su desesperación, activó el globo de ascenso de emergencia a máxima potencia.

El mercenario salió disparado hacia la superficie como un misil, sin control. Subía demasiado rápido.

«Descompresión», pensó Erik con frialdad, viéndolo desaparecer hacia arriba. «Sus pulmones reventarán antes de llegar a la luz. La diosa Ran se cobra su deuda».

Erik, magullado, con el traje rasgado y sangrando por la nariz dentro de la máscara debido al barotrauma del golpe, inició su ascenso. Lento. Controlado. Había ganado la batalla de abajo. Ahora tocaba la de arriba.

CAPÍTULO 12
EL PÉNDULO DE LA CODICIA

Cuando la cabeza de Erik rompió la superficie del mar junto al casco del *Vindicator*, Lucas y María ya estaban en la plataforma, con los rostros desencajados por la angustia. Lo izaron a bordo. Erik se quitó la máscara y escupió sangre y agua salada.

—¡Están subiendo la carga! —gritó Evelyn, señalando al *Nidhogg*.

A doscientos metros, el buque gigante de Nexus había encendido todos sus focos. Habían activado su grúa principal de popa. Al ver que los explosivos fallaban, habían decidido arrancar el tesoro a la fuerza bruta, sin importarles si rompían el casco milenario. Una red inmensa, llena de historia, oro y madera, emergía del

agua goteando fango negro.

—¡Se lo llevan! —gritó Elena.

Erik se incorporó, tambaleándose.

—¡Lucas! —grito, ignorando el dolor de sus costillas—. ¡Hackea el freno de la grúa! ¡Ahora!

Lucas corrió a su portátil, protegido de la lluvia bajo un toldo. Sus dedos volaron.

—¡Ejecutando script de bloqueo de emergencia!

En el Nidhogg, saltaron chispas en el motor del cabestrante. Se oyó un chirrido metálico ensordecedor que se impuso al viento. El cable de acero se detuvo en seco.

La carga quedó suspendida a diez metros sobre las olas, oscilando peligrosamente con el balanceo del buque. Era un péndulo mortal de una tonelada.

—¡María! —gritó Erik, señalando la lancha rápida *Valquiria* amarrada al costado—. ¡No podemos subirla, pero podemos marcarla! ¡Coge la boya policial!

María entendió el plan al instante. Saltó a la Valquiria. El motor rugió.

La lancha aceleró, saltando sobre las crestas de las olas, dirigiéndose directamente hacia la sombra del gigante de acero. Tenía que meterse justo debajo de esa carga oscilante que amenazaba con aplastarla.

Con una mano en el timón y la otra sosteniendo una boya de seguimiento policial con un mosquetón de acero reforzado, María calculó el movimiento del péndulo.

El tesoro bajó. Subió.

¡Ahora!

La lancha pasó por debajo. María se estiró, desafiando la gravedad, y *clac*, enganchó la boya a la red vikinga.

Arriba, en el alerón del puente del Nidhogg, Julian

Vrome vio la maniobra.

—¡Disparad! —ordenó a sus hombres—. ¡Matadla!

Las balas trazadoras empezaron a llover alrededor de la Valquiria, levantando géiseres de agua.

María soltó el timón. La lancha giraba sola. Sacó su arma.

No apuntó a los tiradores. Estaban demasiado lejos y protegidos por el acero del barco.

Miró hacia arriba. Al cable de acero que sostenía el tesoro. Al grillete oxidado que unía el cable moderno a la red antigua. Estaba tensado al límite por el peso y el balanceo violento.

«Aprende a distinguir una granada de una patata», resonó la voz de Iñigo en su cabeza. *«Busca el punto débil»*.

María respiró. El mundo se ralentizó.

Disparó. Una. Dos. Tres veces.

La tercera bala golpeó el pasador del grillete. La tensión extrema de toneladas de fuerza hizo el resto.

¡PANG!

El acero cedió con el sonido de un cañonazo. El cable del *Nidhogg* salió disparado hacia arriba como un látigo. La carga cayó al mar con un estruendo colosal, levantando una ola que casi vuelca la lancha de María.

Pero no se hundió. La boya naranja de María se activó, inflando un globo de flotación que mantuvo el tesoro a flote, marcado y seguro, convirtiéndolo legalmente en una "prueba policial bajo custodia".

En el horizonte, las luces azules de las patrulleras de altura de la Guardia Civil rompieron la niebla. El "Ciclón Gaiteiro" traía justicia.

CAPÍTULO 13
LA CAÍDA DEL FANTASMA

El caos se apoderó del *Nidhogg*. Mientras las lanchas de la Guardia Civil abordaban el buque por las escalas de gato, María y Erik aprovecharon la confusión para subir por la popa. Iban a por la cabeza.

La cubierta superior era un infierno de ruido y viento. El buque, detenido, se balanceaba pesadamente, pero la plataforma de aterrizaje del helipuerto permanecía extrañamente horizontal y estable gracias a sus potentes sistemas hidráulicos de compensación activa.

En el centro de esa isla de estabilidad, un helicóptero ejecutivo —un Eurocopter negro— aceleraba sus turbinas para despegar.

Julian Vrome corría hacia la aeronave, protegiéndose la cara con el brazo, arrastrando un maletín metálico esposado a su muñeca.

—¡Alto! —bramó María Souto, saliendo de la escotilla de mantenimiento con el arma en alto.

El último guardaespaldas de Vrome se giró para disparar. María no se detuvo. Disparó dos veces mientras caminaba. El mercenario cayó.

Vrome ni siquiera miró atrás. Subió a la cabina de pasajeros y golpeó la mampara del piloto con frenesí.

—¡Despega! ¡Sácanos de aquí!

El helicóptero comenzó a elevarse, los esquís separándose del suelo.

—¡Se escapa! —gritó Lucas, que acababa de subir tras ellos.

Disparar al rotor era suicida. María bajó el arma con impotencia.

Pero Erik Halvarsson no miraba al helicóptero. Miraba la cubierta.

El gigante finlandés corrió hacia una caja de control amarilla situada en el borde de la plataforma, marcada con las siglas HCS (Heave Compensation System). Era el cerebro hidráulico que mantenía el helipuerto nivelado.

—¡Erik! —gritó María.

Erik llegó a la caja. Estaba cerrada. Rugió y la golpeó con una barra de hierro que encontró en el suelo. La puerta del panel saltó por los aires.

Dentro había una maraña de válvulas y tuberías a alta presión.

—Si quieres volar, Vrome... vas a tener que aprender a nadar.

Erik metió las manos, ignorando el calor que irradiaba el sistema, y agarró el colector principal de estribor. Tiró con fuerza bruta. Los latiguillos hidráulicos reventaron.

Un géiser de aceite hidráulico hirviendo le bañó el pecho y la cara, pero Erik no se soltó hasta que arrancó el sistema.

La compensación falló catastróficamente.

La plataforma del helipuerto, privada de soporte en un lado, colapsó violentamente hacia estribor.

El suelo bajo el helicóptero se inclinó treinta grados en un segundo.

La aeronave perdió el "efecto suelo". El piloto intentó corregir, pero fue imposible. Los esquís golpearon la cubierta inclinada con un chirrido metálico. El rotor principal se inclinó demasiado y las aspas rozaron la

estructura de acero del barco.

¡CRAAAAACK!

El rotor se desintegró. La máquina cayó pesadamente sobre la cubierta, deslizándose hacia la barandilla, deteniéndose justo en el borde del abismo, con la cola colgando sobre el mar.

La puerta de la cabina se abrió. Julian Vrome salió a trompicones, pálido, manchado de grasa. Miró hacia arriba, hacia la parte alta de la cubierta inclinada.

Allí estaba María. Y a su lado, Erik, cubierto de aceite negro como un demonio surgido del infierno nórdico.

Vrome intentó subir.

—¡Esto es un secuestro! —grito a voz en cuello—. ¡Soy un ciudadano suizo! ¡Tengo inmunidad diplomática!

—Usted no es ciudadano suizo —dijo una voz nueva.

Evelyn apareció tras María, sosteniendo su tablet como una sentencia.

—Y no se llama Julian Vrome.

Lucas iluminó la pantalla para que el hombre la viera.

—Hemos cruzado sus datos biométricos. Coincidencia

del 99,8% con la base de datos de Interpol.

Evelyn leyó en voz alta.

—Su verdadero nombre es Goran Vlasic. Excomandante de la marina yugoslava. Buscado por el saqueo sistemático de patrimonio nacional y crímenes de guerra en los Balcanes hace treinta años. Fingiste tu muerte en 1995 y te hiciste rico robando la historia de otros.

Vrome retrocedió. La máscara de empresario intocable se hizo pedazos.

—¡Eso prescribió! —balbuceó.

—Los crímenes de guerra no prescriben —dijo Elena Vander, subiendo a cubierta acompañada por un capitán de la Guardia Civil—. Y el asesinato de un oficial de policía español, tampoco.

María bajó hacia él. Sacó las esposas.

Vrome la miró con odio, pero al ver a Erik y a los agentes apuntándole, se rindió. Extendió las manos.

María cerró los grilletes, apretándolos hasta que el metal mordió el hueso de la muñeca. Se inclinó hacia su oído.

—Esto no es por el tesoro, Vlasic —le susurró con voz

helada—. Es por Iñigo Arrieta. Recuérdalo cada día que te pudras en la cárcel.

Dos agentes se lo llevaron. María se quedó bajo la lluvia, respirando hondo. Erik le puso una mano en el hombro.

—Se acabó, María. Lo tenemos.

—Sí —dijo ella, mirando al mar—. Se acabó.

EPÍLOGO
LA ORDEN DE LOS SIN FRONTERAS

Dos semanas después, la lluvia irlandesa limpiaba los adoquines del patio del **Waterford Castle** Hotel & Golf Resort[7], en una isla privada del río Suir. El lugar olía a turba quemada y a historia. Era el lugar perfecto para cerrar el círculo: una fortaleza que había visto pasar a vikingos y normandos durante siglos.

El equipo ocupaba la mesa del fondo del pub del castillo, *The Olaf's Rest*.

Evelyn, radiante, hablaba sin parar.

—El Museo Nacional de Irlanda y el de España van a hacer una exposición conjunta con lo recuperado. Dicen que el hallazgo de Avilés reescribe la historia de la navegación atlántica. Confirma que la fusión cultural fue

mucho más profunda de lo que creíamos.

Lucas sonrió, levantando su pinta.

—Y Vlasic está cantando ópera en Soto del Real. Elena le ha embargado hasta los empastes de oro.

Todos rieron. Todos menos María, que miraba la quinta silla de la mesa. Estaba vacía. Sobre el asiento, descansaba la vieja pipa de madera de Iñigo.

Se hizo el silencio. María levantó su copa de cerveza negra.

—Por lo que el mar devuelve —brindó, con la voz firme.

—Y por lo que nosotros protegemos —respondieron todos.

En ese momento, sus cuatro teléfonos móviles vibraron al unísono sobre la mesa de madera. Bzzzt. Bzzzt.

Lucas miró su pantalla y frunció el ceño.

—¿Qué demonios...? Es un mensaje encriptado nivel 5.

Elena desbloqueó el suyo.

—Viene del Tribunal Europeo de Derechos Humanos... con copia a Europol en La Haya. Nos citan en Estrasburgo el día 20.

—¿Nos van a juzgar? —preguntó Evelyn asustada.

—No —dijo Erik, leyendo el final del mensaje—. Dice: *"Propuesta de Cooperación Permanente"*.

Diez días después, en un despacho de techo alto en Estrasburgo, un alto funcionario de la Comisión Europea les ponía unas carpetas sobre la mesa. Dentro había credenciales diplomáticas.

—El crimen internacional se mueve rápido —dijo el funcionario—. Ustedes han demostrado que para salvar la historia, hay que ser más rápidos que la burocracia. Queremos crear una unidad piloto. Un Grupo de Trabajo Transfronterizo de Patrimonio y Crimen Organizado.

—¿Libertad de operación? —preguntó María.

—Total. Ustedes encuentran el problema, ustedes lo solucionan. En cualquier lugar de Europa y más allá.

Elena miró el contrato y sonrió.

—Aceptamos. Pero con una condición. El nombre de la unidad.

El funcionario asintió, como si ya lo esperara.

—En los papeles ya figura así: Fuerza Operativa Arrieta.

Salieron del edificio al sol de la tarde. Ya no eran un grupo de supervivientes rotos. Eran un equipo.

María miró a Lucas, a Evelyn, a Elena y a Erik. Se tocó el hombro, donde aún sentía el calor de la mano del vikingo y el recuerdo de la voz de su mentor.

—Vamos allá, *aitite* —susurró, sonriendo—. Malo será.

FIN

ÍNDICE

1. **PRÓLOGO:** La Memoria de la Sal
2. **CAPÍTULO 1:** La Vigilia del Faro
3. **CAPÍTULO 2:** La Arquitectura del Silencio
4. **CAPÍTULO 3:** El Fiordo de la Niebla
5. **CAPÍTULO 4:** Los Guardianes del Ulla
6. **CAPÍTULO 5:** El Precio del Aire
7. **CAPÍTULO 6:** El Vikingo de Helsinki
8. **CAPÍTULO 7:** Café Negro y Fantasmas
9. **CAPÍTULO 8:** La Ruta del Dinero
10. **CAPÍTULO 9:** La Ratonera
11. **CAPÍTULO 10:** El Mercado de las Sombras
12. **CAPÍTULO 11:** El Reino de Ran
13. **CAPÍTULO 12:** El Péndulo de la Codicia
14. **CAPÍTULO 13:** La Caída del Fantasma
15. **EPÍLOGO:** La Orden de los Sin Fronteras

SINOPSIS

Una antigua ruta. Un secreto vikingo.
El mar reclama lo suyo.